







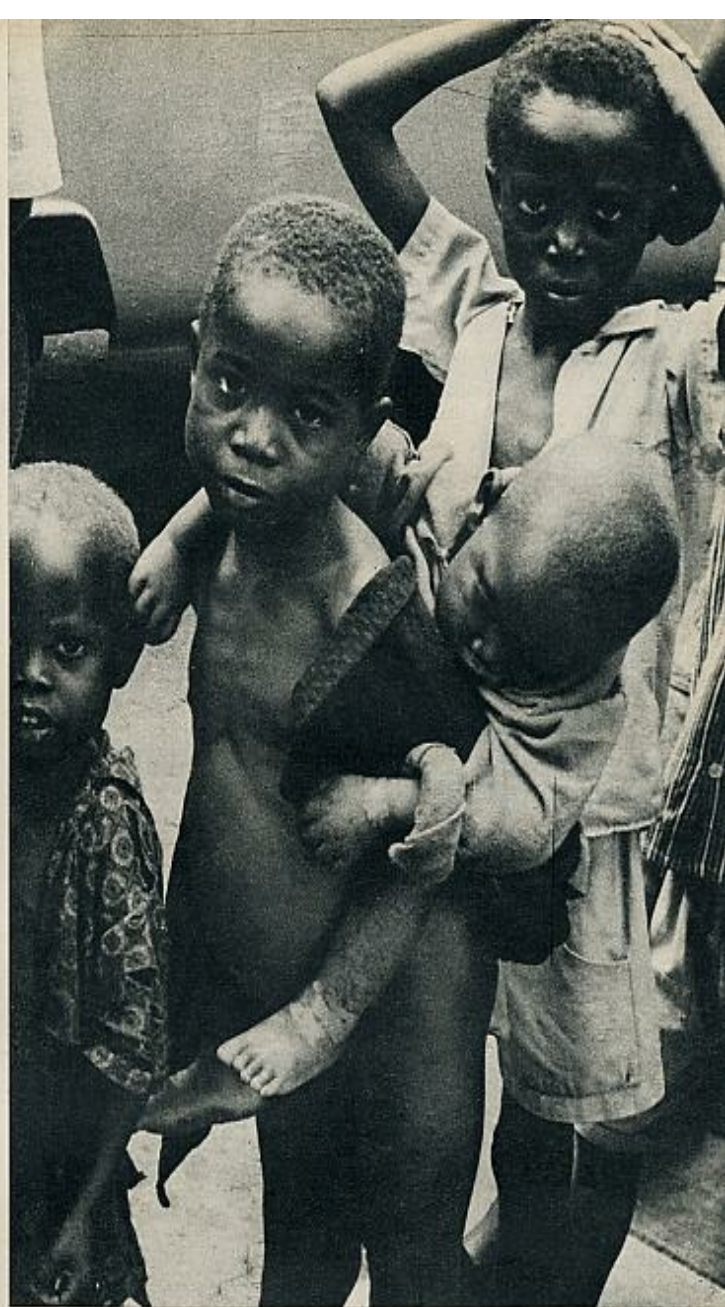
# BIAFRA

**N**IGERIA se convertía en Estado independiente el 10 de octubre de 1960. Desligada administrativamente de su antigua potencia colonizadora —Gran Bretaña—, no pasaría mucho tiempo sin que estallara el conflicto armado entre la región secesionista —Biafra— y el gobierno central de Nigeria. Como en el Congo, a la descolonización sucedía el enfrentamiento de oscuros intereses neocapitalistas. Los

zarpazos neocoloniales y la evidente desigualdad de los «ibos» respecto al resto de la población, fueron el detonante que desencadenó el ya largo conflicto. Cientos de miles de muertos ha ocasionado hasta ahora la metralla y el hambre en aquel vasto rincón occidental del Continente africano... Pero el aspecto más cruel de la guerra sigue siendo la suerte, trágicamente incierta, de la población civil biafreña.







## **BIAFRA**

# **6.000 MUERTOS DIARIOS**

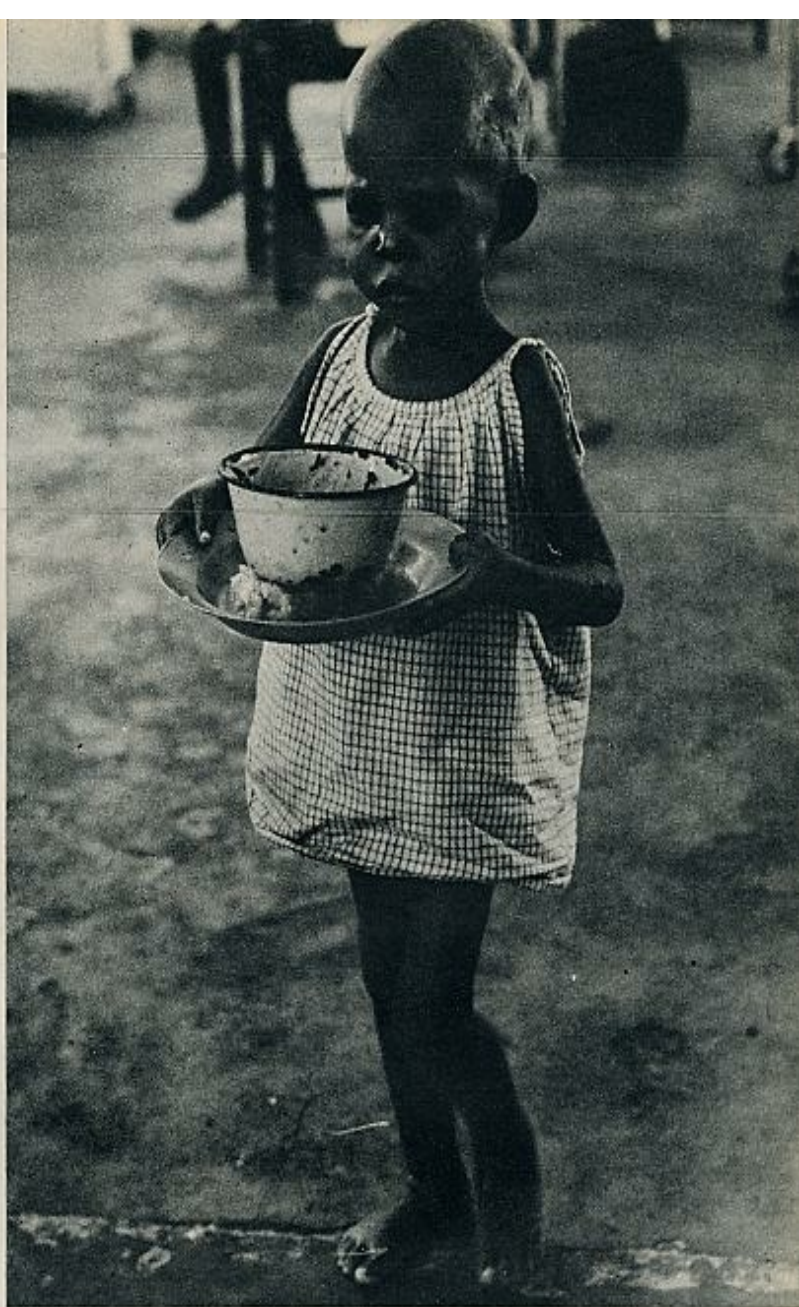
Tres menos diez de una noche cerrada. Nuestro DC-7, carente de matrícula y que había salido de Lisboa, acaba de forzar, con las luces apagadas, el bloqueo nigeriano; en estos momentos sobrevolamos Biafra. A través de la ventanilla contemplo un trazo luminoso entre los matorrales: la carretera, de diez metros de anchura y balizada con pequeñas hogueras, sobre la cual vamos a aterrizar. A bordo, once periodistas de varios países y veinte toneladas de leche en polvo.

Tres menos cinco. Nadie dice una palabra. Los cinturones de seguridad se aprietan al máximo. El avión desciende. La artillería antiaérea nigeriana, emplazada a ocho kilómetros de la carretera, no ha llegado a disparar. Un choque terrible. El avión cabecea y vibra de un modo horrible. Los neumáticos de sus cuatro ruedas han reventado al mismo tiempo; nuestro piloto se ha equivocado de carretera y el tren de aterrizaje sirve de arado a la esponjosa tierra. El ruido se hace más ensordecedor; las maletas, los paquetes y los aparatos fotográficos salen disparados en todas direcciones. Las 70 toneladas del DC-7 se dirigen, a 200 por hora, hacia los árboles del bosque. Agarrado a los frenos, el piloto consigue hacerlo parar. Nos reciben soldados en uniforme kaki y arma en bandolera; estamos en Biafra.

### **LOS BUITRES, A LA ESPERA**

Al día siguiente por la mañana, en un coche del ejército, descubro el verdadero rostro de Biafra. El aire es húmedo. Los vestidos se pegan al cuerpo. La estación de las lluvias ha comenzado desde hace dos meses. En las cunetas, cuerpos retorcidos por el calor. En la carretera, columnas de refugiados y de mujeres, que en su tiempo fueron bellas, transportan sobre su cabeza todo lo que les queda en el mundo. Sus hijos, desnudos y esqueléticos, se agarran a su fetiche: en vez de hablar, gimen. Cada qui-





nientos metros nos encontramos con barreras militares; jóvenes biafreños armados con fusiles del calibre 36 comprueban mi documentación. La carretera se estrecha todavía más. Los cuerpos son cada vez más numerosos. Entramos en un poblado donde se presiente la muerte: el campo de refugiados de Umawa. Hombres, mujeres y niños desnudos, tumbados de espaldas, respiran con dificultad. Es una pesadilla.

Centenares de niños se aplastan contra el suelo mientras sus huesos parecen haber llegado al punto de agujerear su resquebrajada piel. Un niño de pecho acerca su cabeza a un seno que ya no es más que una horrible bolsa vacía. En una choza de barro, dos niños, con gesto lento, comen unos trozos de madera; otro, le quita la piel a un lagarto que acaba de atrapar. A mis pies, un niño de tres años gime apagadamente; sobre su esquelético cuerpo —y el vientre muy hinchado— su cabeza parece increíblemente desproporcionada. No mide más de veinticinco centímetros. Lo más atroz de estos niños es su mirada —mirada fija y resignada— de adultos que esperan la muerte. En las ramas de los árboles, sobre los techos de las cabañas, los buitres esperan; la fosa común se encuentra llena desde hace bastante tiempo.

En medio de estos miserables, una sotana blanca: la del padre Luis, un marista escocés de cuarenta y cinco años que vive en Biafra desde hace dieciocho. «Los padres de estos niños han sido alumnos míos —dice—. Algunos se convirtieron en abogados o ingenieros. Ahora se encuentran en el frente y de los niños que ve usted ahora en este campo, mueren alrededor de cincuenta de ellos cada día. Para sobrevivir, sólo disponen de una taza de leche en polvo cada quince días. Es un crimen lo que aquí se perpetra, un crimen gigantesco; un genocidio. Cerca de Enugu he visto a soldados nigerianos matar a niños en los hospitales; he visto a enfermeras masacradas, mujeres fusiladas. En un mercado, he visto cómo bombas de fragmentación, haciendo explosión en medio de la muchedumbre, decapitaba a muchas personas. En la actualidad, mueren seis mil personas diariamente en Biafra... Sí, señor: ¡seis mil muertos al día! Para salvar a estos ocho millones de ibos se necesitarían trescientas toneladas de viveros cada día durante algunos meses, y no recibimos más que diez por semana. Esta guerra ha hecho ya más de un millón de muertos y, si el mundo no hace algo inmediatamente, habrá un millón más en el plazo de un mes».

El pequeño ser negro que se aprieta contra el padre Luis tiene ya los cabellos blancos; mañana, habrá muerto. Las barreras militares están cada

vez más cerca las unas de las otras; los controles cada vez más severos. El frente se encuentra a cuatro kilómetros. Ha caído la noche y el aire es húmedo. Ha llovido durante todo el día.

#### NINGUN PRISIONERO

Bajo una tienda de campaña, encuentro a un europeo alto y rubio. Se trata de Rudolf Steiner, ex legionario alemán y mercenario al servicio de Biafra desde hace seis meses. Abigarrado uniforme de paracaidista, boina verde sobre la cabeza, bebe una cerveza de bote. Nos dice:

«Tengo mando sobre unos ocho mil quinientos hombres que he formado en comandos; los más jóvenes tienen catorce años. Disponemos solamente de mil fusiles para diez mil hombres; por consiguiente, sólo atacamos cuando el enemigo se encuentra en las carreteras. Se trata con esto de matar el máximo de nigerianos para apoderarnos de sus armas: ametralladoras pesadas de las mismas que utiliza la NATO y «bazookas» soviéticos. Pero los nigerianos tienen también artillería pesada, cañones del calibre ciento cinco y aviones. Los pilotos egipcios de los Mig-17 sólo bombardean a partir de los mil metros de altitud y, por consiguiente, no tenemos ninguna posibilidad... En el otro bando existen también los mercenarios: la semana pasada hemos matado a siete. No llevaban documentación, pero tenían todo el aspecto de ser ingleses».

Le he preguntado lo que había venido a hacer a Biafra.

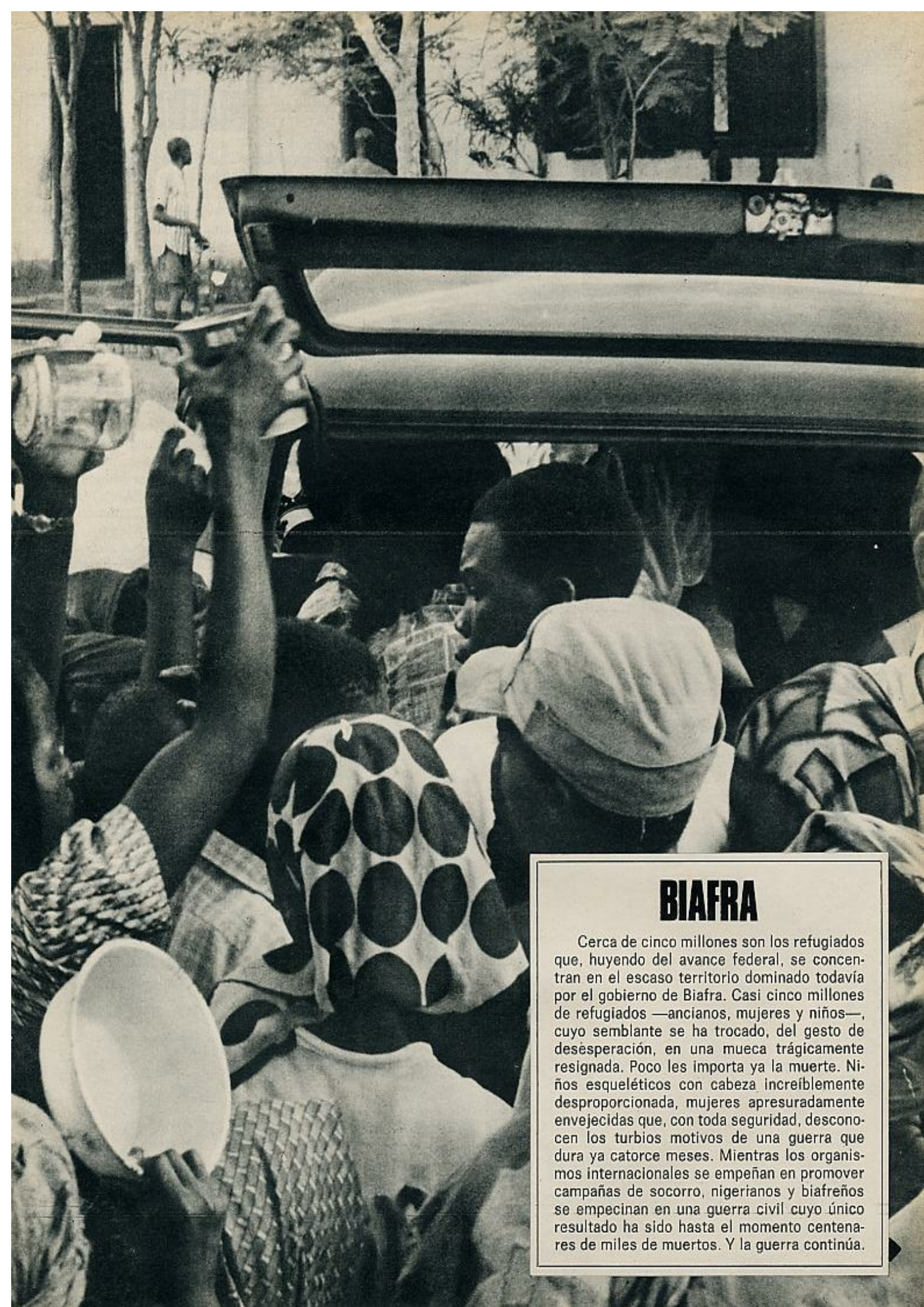
«Nada... o mejor dicho, sí. He venido a defender a estos pobres individuos. He llegado aquí con algunos franceses, antiguos combatientes del Congo. Ellos se han marchado y yo me he quedado. Los nigerianos avanzan todos los días, pero yo no abandonaré a mis muchachos. Aquí, no tenemos más que una alternativa: defendernos o morir. Ellos no hacen prisioneros, nosotros tampoco».

A la guerra y al hambre hay que añadir las epidemias. La malaria, la fiebre amarilla, la viruela, la peste e, incluso, la rabia hacen morir a los biafreños, que no tienen ni medicamentos ni vacunas. La última imagen que conservaré de Biafra es la de un muchacho que circulaba en bicicleta sobre un sendero de la selva. Había fijado un ataúd —de través— sobre su portaequipajes. Cuando le pregunté que a quién llevaba en ese ataúd, me respondió: «Madre». ■ CHRISTIAN BRINCOURT.









## BIAFRA

Cerca de cinco millones son los refugiados que, huyendo del avance federal, se concentran en el escaso territorio dominado todavía por el gobierno de Biafra. Casi cinco millones de refugiados —ancianos, mujeres y niños—, cuyo semblante se ha trocado, del gesto de desesperación, en una mueca trágicamente resignada. Poco les importa ya la muerte. Niños esqueléticos con cabeza increíblemente desproporcionada, mujeres apresuradamente envejecidas que, con toda seguridad, desconocen los turbios motivos de una guerra que dura ya catorce meses. Mientras los organismos internacionales se empeñan en promover campañas de socorro, nigerianos y biafreños se empeñan en una guerra civil cuyo único resultado ha sido hasta el momento centenares de miles de muertos. Y la guerra continúa.





## BIAFRA

Decir que los alimentos escasean no deja de ser un trágico eufemismo. En Biafra, los niños reciben una taza de leche cada quince días. Mientras llegan los aviones con víveres —cañoneados por las defensas antiaéreas de Nigeria—, las ratas han pasado a cotizarse a precios increíbles; los lagartos se han convertido en un manjar inapreciable. La conferencia que acaba de celebrarse en Addis-Abeba no ha aportado ningún resultado positivo. La guerra continuará. Las tropas secesionistas de Biafra están dispuestas, en último caso, a lanzarse a la guerra de guerrillas. El hambre y las epidemias entre la población civil parecen no suponer nada a la hora de las decisiones políticas de uno y otro bando. La buena digestión de los países desarrollados no sufrirá gran cosa. Y el colonialismo, cambiando esta vez de máscara, seguirá condicionando la suerte de los países del Tercer Mundo. ■ Reportaje gráfico: CAMERA PRESS-ZARDOYA.





